

CHEVY STEVENS

DESDE EL  
OTRO LADO

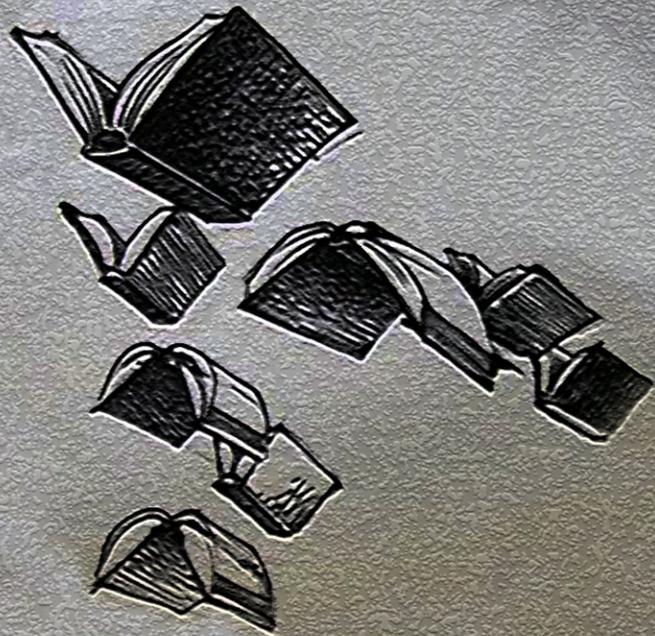


Edición conmemorativa

  
epublico



6° ANIVERSARIO



Llevaba varios años trabajando en el caso del Asesino del Camping, desde que me incorporé a la Unidad de Delitos Graves de Vancouver, y había desarrollado algo parecido a una amistad con las familias de algunas de las víctimas, lo que lo hacía todo aún más doloroso cada vez que el asesino se nos volvía a escapar de las manos. El caso se enfriaba durante un par de años y ocupaba de nuevo las portadas de todos los periódicos cuando mataba a otra mujer, siempre en verano.

Pasé la primavera sumamente tensa, consciente de que era muy probable que el asesino actuara de nuevo. Lo que nunca habríamos podido imaginar era que el Asesino del Camping tenía una hija... y que se pondría en contacto con ella.

Mi compañero, Billy Reynolds, y yo viajamos hasta la isla de Vancouver, frente a la costa oeste canadiense, para hablar con ella y determinar la fiabilidad de sus declaraciones. Billy es un buen tipo, un compañero agradable y divertido cuando no empieza a soltar citas de *El arte de la guerra*. Si me pongo demasiado seria, le gusta cantarme la canción «Oh, Sandy», de *Grease*. Imita fatal a John Travolta, pero está de muy buen ver. Con treinta y seis años, es más joven que yo, está en forma, lleva la cabeza afeitada y varios tatuajes de símbolos asiáticos en los brazos, y viste con mucho estilo. Sin embargo, no es mi tipo; yo ya tengo un novio, otro poli, aunque últimamente nos pasamos el día discutiendo. Está cabreado porque todavía no hemos tenido hijos, pero a mí no me convence la idea de que dos policías críen a un niño; además, acabo de cumplir cuarenta y dos. Billy es un soltero recalcitrante y, aunque no estoy muy segura de a qué se debe tanto empeño por seguir solo, la verdad es que resulta útil para enternecer a los testigos en los interrogatorios. Conmigo pueden mostrarse ariscas y a veces hasta me sacan las uñas, pero siempre están dispuestas a contarles a Billy y a sus irresistibles hoyuelos todos sus problemas.

Yo esperaba que Billy pudiese ejercer su mágico efecto sobre Sara Gallagher. Si su historia era cierta, su madre biológica era Karen Christianson, la única víctima que había sobrevivido a un ataque del Asesino del Camping. Esta se había cambiado el nombre por el de Julia Laroche, se había trasladado a vivir a la isla y había dado a la niña en adopción. Nadie llegó a saber que se había quedado embarazada del asesino... hasta que Sara la localizó y averiguó su verdadera identidad, de eso hará un par de meses. Poco después, cuando la noticia se propagó por internet, el Asesino del Camping llamó a Sara por teléfono con la intención de conocerla. Aterrorizada, la mujer presentó una denuncia en la comisaría local de policía y los agentes responsables se pusieron en contacto con nosotros.

Cuando conocimos a Sara y le dimos nuestras tarjetas, reparé en su expresión de sorpresa al ver que yo era la sargento y Billy, el cabo. Antes, esa reacción solía indignarme y me ponía furiosa, pero ahora me encanta. Disfruto de las caras de incredulidad. La gente también suele sorprenderse de que no vistamos uniforme, pero yo llevo mi pistola bien pegada al cuerpo, y su peso y su contacto me transmiten una sensación reconfortante y familiar.

Sara tiene treinta y tres años y es muy guapa. Me di cuenta de inmediato de que con su pelo castaño rojizo y aquellos ojos verdes, compartía parte de los rasgos físicos de nuestro asesino, algo que no creo que le hiciera ni pizca de gracia. Tampoco parecía entusiasmada por tener que colaborar con nosotros, pero necesitábamos su ayuda: era la mejor pista que habíamos tenido en años. Debíamos proceder con mucho tacto para persuadirla de que accediese a hablar con él cuando volviese a llamarla, algo que yo estaba segura de que volvería a suceder. Por fin teníamos la oportunidad de atrapar a aquel malnacido. A lo largo de los años había matado al menos a treinta personas, y yo no quería tener que dar más noticias tristes a otra familia desconsolada, no quería encontrar los restos de otra víctima abandonada en el bosque.

Era evidente que a Sara le daba miedo volver a hablar con su padre, y no sería yo quien la culpase. Mi padre solo había matado a una mujer: a mi madre. Yo tenía seis años. A ella apenas le dio tiempo a meterme a empujones en el armario de su dormitorio y atrancar la puerta antes de que él derribase la de la habitación. La violó y luego la estranguló. Mi madre no

llegó a gritar ni una sola vez. Pienso en ello a veces, en cómo debió de sentirse, sabiendo que yo estaba oyéndolo todo al otro lado de esa puerta. Mi padre se fue de casa esa noche y nadie volvió a verlo nunca más. Cuando no estoy trabajando en alguno de mis casos, investigo el suyo.

Dos meses después de aquella primera entrevista, seguíamos trabajando codo con codo con Sara. Su padre —John, como él mismo se hacía llamar— no había dejado de llamarla por teléfono y enviarle paquetes con regalos espeluznantes. Estaba volviéndonos locos a todos y, al final, como temíamos, mató a otra mujer. Conseguimos organizar un encuentro entre Sara y él con la esperanza de atraparlo, pero no se presentó a la cita. Yo me sentía frustrada, Sara era un manojo de nervios, y no sabía qué le estaba pasando a Billy, pero no me gustaba ni un pelo.

—Estás demasiado volcado en Sara —comenté una mañana mientras íbamos con el coche a buscar un café.

—Creía que el plan era que me ganase su confianza —replicó.

Ya desde el principio había quedado claro que Sara y yo no hacíamos buenas migas, pero esta sí confiaba en Billy. Acordamos que yo interpretaría el papel de policía agresiva que le apreta las tuercas y que Billy haría de contrapeso y la trataría con mucha más dulzura.

—Es que empieza a parecer algo personal, Billy.

—Pues no es así; en absoluto. Ella está enamorada de su prometido.

—Ten cuidado; solo te estoy diciendo eso.

Sí, Sara amaba a su prometido, eso era más que evidente, pero yo seguía teniendo la sensación de que Billy se extralimitaba un poco en sus funciones. Estas cosas pasan, razón por la cual trabajamos en equipo. Son más frecuentes las relaciones entre compañeros, y la mía, por decirlo suavemente, no pasaba por su mejor momento. La noche anterior, sin ir más lejos, Jeff había estado a punto de darme un ultimátum por teléfono.

—Oye, ya va siendo hora de tomar una decisión de una puta vez —me había instado—. Llevamos diez años viviendo juntos. Quiero casarme, quiero tener hijos.

—Ya te lo he dicho: es demasiado tarde. Lo más probable es que ni siquiera pueda quedarme embarazada, y no pienso seguir un tratamiento de fertilidad.

Cuando empezamos a salir, hablábamos de tener hijos como algo que nos gustaría hacer «algún día», pero los dos estábamos muy ocupados con nuestras carreras y a mí me angustiaba la posibilidad de que nuestro hijo acabase quedándose sin padres, ambos asesinados por el líder de una banda criminal o a manos de un narcotraficante. A medida que pasaron los años, me hice a la idea de que era algo que seguramente nunca llegaría a suceder, que no estaba escrito en nuestro destino. Y entonces a Jeff le entraron unas ganas locas de ser padre.

—Dijiste que lo más probable es que no podamos tenerlos, pero no lo sabremos hasta que lo intentemos.

—Te los repito: es demasiado tarde; hemos perdido ese tren. Tú mismo lo dijiste el año pasado, y también que estabas satisfecho con la vida que llevamos ahora.

—Sí, y así era, pero he cambiado. Ahora quiero saber qué vamos a hacer al respecto.

—No me lo estarás planteando en serio precisamente ahora, cuando estoy trabajando en este caso tan importante...

—Siempre estás trabajando en un caso importante.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—Solo quiero saberlo, tanto si es un sí como si es un no.

Pero yo percibí lo que se escondía detrás de aquellas palabras. Si le respondía que no, sería como despedirme para siempre de nuestra relación. Colgamos el teléfono después de acordar hablar sobre ello otra vez el fin de semana, cuando yo volviese al continente, a casa. Estaba muy alterada, pero intenté olvidarme de la llamada y concentrarme en el siguiente paso del caso del Asesino del Camping. Por fin estábamos haciendo grandes avances. Solo teníamos que empujar a Sara en la dirección adecuada.

Dos semanas más tarde, el caso hacía agua por todas partes y yo estaba en el hospital interrogando a Nadine Lavoie, la psicóloga de Sara. Nadine había

sido víctima de una agresión a manos de John que por poco acaba con su vida. Un par de días antes, tras conseguir que Sara accediera a organizar otro encuentro con John, este llamó en el último momento para cambiarlo. Al final, Sara había perdido la paciencia y se negaba a verlo. Entonces él fue a por su prometido y, cuando ella siguió negándose a verlo, John decidió atacar a su psicóloga. Sara había ido a su consulta la tarde anterior y sospechábamos que él la había seguido hasta allí antes de agredir a Nadine. Yo fui la primera en interrogarla después de que lo hicieran los agentes a cargo de la investigación.

—Buenos días, soy la sargento McBride —me presenté.

Me tendió la mano.

—Gracias por venir, sargento.

Con sus cincuenta y pocos años, me recordó a la madre biológica de Sara, Julia, una mujer guapa y envuelta en ese halo de persona culta y profesional. Incluso con la cabeza vendada, tenía un aire elegante y distinguido, con el camión de hospital sin una sola arruga y el pelo plateado pulcramente peinado. Me pregunté qué aspecto tendría yo con mi camisa blanca manchada con los restos del almuerzo, el pelo despeinado y descolorido por haber pasado demasiado tiempo al sol, y casi siempre alborotado, pues me gusta conducir con las ventanillas bajadas.

—¿Trabaja en el caso del Asesino del Camping? —me preguntó.

—Así es.

Era psiquiatra y, según tenía entendido, muy buena. Seguro que me habría venido muy bien conocerla treinta años atrás. Aunque todavía sufro pesadillas con el asesinato de mi madre, nunca he hablado de ello con nadie, ni siquiera con el psicólogo al que me llevaron mis tíos hasta el día en que descubrieron que lo único que hacía allí era pasarme el rato llorando. Decidieron que era demasiado traumático y en su lugar me enseñaron a navegar en kayak, algo que sigo haciendo en mi tiempo libre.

—¿Cómo está Sara?

Me miraba con expresión de inquietud mientras escrutaba atentamente mi rostro en busca de alguna pista, alguna señal capaz de tranquilizar sus temores.

—Va aguantando. —Resultaba interesante que su máxima preocupación fuera su paciente y no ella misma, pero tenía razones para estar preocupada. Si John seguía mostrándose cada vez más agresivo, pronto habría más víctimas—. Sé que ya ha prestado declaración a mis compañeros, pero ¿le importa si le hago algunas preguntas?

—Adelante, por favor.

—¿Podría relatarme los sucesos de anoche?

—Acababa de cerrar la puerta del edificio con llave y me dirigía a mi coche cuando advertí la presencia de alguien a mi espalda. Antes de poder darme media vuelta, me golpeó por detrás con su cuerpo y caí al suelo. Me di con la cabeza en el filo del bordillo. —Se llevó la mano al vendaje en un movimiento inconsciente—. Oí el ruido de unos pasos que se alejaban a todo correr y luego perdí el conocimiento.

—¿Logró ver a su agresor?

—No, se me acercó por detrás demasiado rápido.

—¿Recuerda algo más? ¿Algún olor, un ruido tal vez...?

Se detuvo a pensar unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Ya sé que ustedes sospechan que fue el Asesino del Camping, pero yo no estoy tan segura.

—¿Qué le hace decir eso?

—Simplemente, no me dio la sensación de que fuese él. No sé por qué.

Parecía confusa, y dirigió la mirada a un precioso ramo de flores que había en su mesita de noche. Junto al ramo había otro más pequeño y mustio que parecía comprado en un supermercado.

—¿Cree que puede haber alguien más con un motivo para hacerle daño?

Volvió a mirarme.

—El marido de una de mis pacientes no está satisfecho con el tratamiento que sigo con su mujer. Me ha llamado por teléfono y me ha amenazado.

—¿Cómo se llama?

—Henry Flynn.

Anoté aquel nombre.

—¿Se le ocurre alguien más?

Vaciló un instante y me pregunté qué estaría ocultándome.

—No, no se me ocurre nadie —respondió.

—¿No hay ningún ex marido o ex novio que pueda guardarle resentimiento?

La idea casi pareció hacerle gracia.

—Mi marido murió hace diez años, y no he salido con nadie desde entonces.

Entonces ¿quién le había llevado aquellas flores? Hice otra anotación.

—¿Tiene hijos?

—Una hija y un hijastro. Los dos viven en Victoria.

—¿Algún problema con alguno de ellos?

Negó con la cabeza, pero su expresión era triste y no quise insistir. Su agresor tenía que ser John. No me hacía falta escarbar en sus problemas familiares.

—Gracias por su tiempo. —Cerré el cuaderno de notas.

—Siento no haber podido ser más útil. Sé lo mucho que se están esforzando por encontrarlo, pero espero que puedan detenerlo pronto. Me preocupa que esté entrando en una espiral de violencia.

—A nosotros también, y hacemos todo lo que podemos.

—No se rendirá sin más. Quiere una familia, y ve a cualquiera que se interponga en su camino como una amenaza. Estoy muy preocupada por Sara y su hija.

Asentí.

—Lo comprendo, pero debe saber que está muy bien protegida.

Billy también quería hablar con los agentes encargados de la investigación y con Nadine Lavoie, así que me pidió que me quedara al cuidado de Ally, la hija de seis años de Sara, mientras esta estaba con su prometido en el hospital de la localidad de Port Alberni, a una hora en coche de Nanaimo y cerca de donde le habían disparado, en su hotel rural. Vigilábamos a Ally muy de cerca, por si John decidía ir por ella, y también teníamos a un agente apostado al final de la calle donde vivía Sara. A mí juicio Billy perdía el tiempo interrogando a Nadine, pero él alegó que tenía que tranquilizar a Sara y asegurarle que la mujer estaba bien. Una vez más me pregunté si no

estarían intimando demasiado, pero lo cierto es que necesitábamos que Sara estuviese tranquila, así que si eso iba a resultar de ayuda, bienvenido fuera.

Mientras jugaba con Ally en su casa —agachada junto a su mesa de muñecas de Barbie, bebiéndome mi enésima taza de té imaginario y mordisqueando mis galletas imaginarias—, volví a pensar en el fin de semana con Jeff. Habíamos decidido darnos un par meses más, hablar con un médico tal vez, y ver cómo nos sentíamos. También nos habíamos enrollado, pero con un ansia casi desesperada, como si supiéramos que nos dirigíamos de cabeza a una ruptura. Observé a la niña que tenía delante de mí y que ahora me decía que tenía hambre y me preguntaba si podía preparar el almuerzo.

—¿Tu madre te deja?

Nada más preguntarlo me di cuenta de que no tenía por qué decirme la verdad, pero estaba perpleja. ¿Las niñas de seis años pueden usar los fogones de la cocina?

Asintió, y los tirabuzones de su pelo oscuro rebotaron varias veces.

Decidí que no pasaría nada, siempre y cuando no le quitase el ojo de encima.

—Muy bien, ¿y qué quieres para comer?

Ally chilló de entusiasmo y aplaudió.

—¡Espaguetis con salsa!

Encontré la lata de pasta precocinada en la despensa, la ayudé a abrirla y vertimos el contenido en la olla. La niña estaba subida a su pequeño taburete y su expresión era muy seria mientras removía con la cuchara. Mi móvil emitió un pitido. Era un mensaje de Doug, uno de los agentes de la comisaría de la ciudad donde crecí, en Kelowna: «Llámame enseguida». Aunque Doug ya estaba jubilado, había pasado casi toda su vida en el cuerpo y todavía se dedicaba a investigar casos antiguos sin resolver. Seguía trabajando en el asesinato de mi madre; decía que nunca olvidaría cuando tuvo que sacarme de aquel armario. Habíamos mantenido el contacto a lo largo de los años, y creo que le complacía que yo me hubiese hecho policía.

Observé como Ally vertía la pasta en el plato, temiendo que fuese a quemarse. Cuando intenté hacerlo yo, me gritó:

—¡Nooo! ¡Tengo que hacerlo yo sola!

Después de que se sentara a la mesa, le serví un vaso de leche para compensar la comida enlatada.

—Tengo que hacer una llamada; tú quédate aquí, ¿vale?

Asintió al tiempo que se metía un buen montón de pasta en la boca.

En la sala de estar, desde donde podía seguir vigilando a Ally, marqué el número de Doug.

—Hola, jovencita. ¿Qué tal estás?

—Bien. Con mucho trabajo.

—He oído que llevas el caso del Asesino del Camping. ¿Tiene una hija?

—Sí.

Los dos nos quedamos callados y supe que él estaba pensando en mi padre. En los últimos tiempos yo también había pensado mucho en él, sobre todo después de ver todo lo que Sara estaba padeciendo. De niña mi padre me había llevado a montones de sitios, a pescar y a cazar, por ejemplo, y nunca me había puesto la mano encima, pero cuando se trataba de mi madre, era un cabrón consumido por unos celos patológicos. A los hombres les gustaba mirarla, mucho, y a ella le gustaba que la miraran. Mi padre le había dejado el ojo morado muchas veces, demasiadas, y al final ella lo echó de casa un par de semanas antes de morir.

—El caso es que te llamo por tu padre —continuó Doug.

Todo mi cuerpo se puso en tensión.

—¿Y eso?

—Creo que tengo una pista.

Me desplomé sobre el sofá.

—¿Qué clase de pista?

De pronto, el aroma dulzón de los espaguetis con salsa de tomate me revolvió el estómago.

—¿Te acuerdas del tipo que estaba con tu madre esa última semana? ¿Mark Braithwaite?

La semana antes de que mi padre la matara, mi madre estaba jugando a las cartas en la cocina con Mark, con la radio encendida, las volutas del humo de sus cigarrillos elevándose en el aire mientras charlaban y reían, sus manos rozándose de vez en cuando. Yo los observaba desde el salón, con una

sensación incómoda en el estómago, pues sabía lo mucho que se enfadaría mi padre si supiese que aquel amigo suyo, más joven, estaba en nuestra casa.

—¿Sí?

—Uno de mis colegas del cuerpo se acordó de tu caso y me llamó por teléfono. Se trata de Mark: lo han detenido por pegar una paliza a su novia. Ya pasa de los sesenta, pero aun así le ha destrozado la cara. La novia asegura que no dejaba de amenazarla con que iba a matarla. También la violó, aunque él sostiene que era sexo consentido. Lo más llamativo del caso es que antes era amigo del ex marido de ella.

Yo estaba demasiado conmocionada para decir cualquier cosa.

—Tal vez hemos estado buscando al hombre equivocado —añadió Doug. Imposible. Tenía que ser una coincidencia.

—No. Fue mi padre.

—Quiero que vuelvas a recordar qué sucedió aquella noche. ¿Estás completamente segura? No llegaste a verle la cara.

—Déjame pensar... —Y cerré los ojos, haciendo memoria.

*Una expresión de terror se apodera del rostro de mi madre cuando una camioneta aparca delante de nuestra casa. Me agarra del brazo, me arrastra hasta su dormitorio y me mete en su armario de un empujón, tan fuerte que suelto un grito de dolor.*

*—Lo siento, cariño, pero no puedes hacer ningún ruido, ¿vale? Tienes que estar muy, muy callada, y sobre todo, no salgas de aquí, oigas lo que oigas.*

*—Pero yo no quiero...*

*Se oye un fuerte golpe en la puerta. El gesto de mi madre es de desesperación. Yo estoy llorando.*

*—Prométemelo —insiste.*

*—Te lo... prometo.*

*—No digas ni una palabra, pase lo que pase. Ni una sola palabra.*

*Cierra la puerta del armario y coloca algo delante para atrancarla, y yo me quedo encerrada.*

*Me muerdo los labios con fuerza y empiezo a llorar en la oscuridad, sin hacer ruido. Oigo la voz grave de barítono de un hombre en la cocina: es la voz de mi padre, amortiguada; luego oigo la voz de mi madre, suplicante. Oigo el ruido de un golpe que impacta contra la carne. Un cuerpo que cae al suelo. Los sonidos de alguien que arrastra algo hacia mí, hacia el dormitorio. A continuación, un ruido sordo, el cuerpo que cae encima de la cama. Percibo los gemidos de mi madre, el ruido de la ropa al desgarrarse, algo que cae al suelo, más golpes impactando contra la carne, un nuevo alarido de mi madre. Luego oigo la cama, los crujidos. Reconozco el sonido y me aprieto las manos contra las orejas, tapándome los oídos, pero sigo oyendo las embestidas del cabecero de la cama contra la pared, una y otra vez. Ruidos de un forcejeo, gritos ahogados. Me entran ganas de chillar, de suplicarle que se detenga, pero estoy aterrorizada en la oscuridad, con un charco de orina en los pies, y la promesa que le he hecho a mi madre retumba con fuerza en mis oídos. Al fin, el ruido cesa. Contengo la respiración, con la esperanza de que todo haya acabado. Oigo un murmullo amortiguado:*

*—Mierda, Ginny, mira lo que me has obligado a hacer.*

*No hay respuesta de mi madre.*

*Los pasos se alejan, el ruido de la camioneta se pierde en la distancia. Me pongo a chillar. Pero no viene nadie.*

Permanecí dos días encerrada en ese armario, aspirando el olor del cadáver de mi madre, que se pudría poco a poco con el calor del verano, oyendo el zumbido de las moscas. Al final, alguien del restaurante donde ella trabajaba acudió a casa a buscarla, encontró el cadáver y llamó a la policía. Para entonces, yo ya estaba en un estado casi catatónico.

—Mi madre no me habría metido en ese armario si no hubiese sido mi padre —le dije a Doug.

—¿Estás segura? ¿La oíste pelearse con él por teléfono o algo así en los días anteriores?

Volví a hacer memoria y recuperé un recuerdo: mi madre hablando por teléfono, en un tono acelerado y furioso, diciéndole a alguien que todo había terminado.

—Sí, pero creí que hablaba con mi padre.

—Se supone que en esas fechas él estaba en el campamento maderero.

—Y en el campamento había teléfono. Debieron de llegarle rumores de lo que ella estaba haciendo.

—¿Te acuerdas de ese tipo, de ese tal Mark?

—No me gustaba, pero para serte sincera no me gustaba que mi madre estuviese con nadie.

Había leído los informes: él también era leñador y también estaba casado. En el funeral había llorado; dijo que sabía que mi padre tenía mal genio, pero que nunca sospechó que fuera capaz de hacer algo así. Supuestamente había puesto fin a su aventura con mi madre esa misma semana y había vuelto con su mujer.

—Pensé que tal vez querrías hablar con él —sugirió Doug.

—Maldita sea; ahora mismo tengo mucho trabajo con este caso...

—Si necesitas ayuda, dímelo.

—Gracias.

Colgué el teléfono y una tromba de pensamientos se agolpó en mi cabeza. Me concentré en uno de ellos, contemplándolo desde una nueva perspectiva. ¿Dónde estaba mi padre?

Ally se levantó de la mesa y llevó su plato vacío de espaguetis al fregadero.

—¿Jugamos a los disfraces, *porfa*?

Jugamos a disfrazarnos, luego a las casitas y después vimos dibujos en la tele. Me había asegurado de que todas las puertas estuvieran cerradas con llave y seguí haciendo comprobaciones periódicas, pero todo parecía tranquilo. *Alce*, el bulldog francés de la familia, se paseaba arriba y abajo por la cocina hasta que se detuvo junto a la puerta corredera de la parte de atrás. Reconocí las señales: el animal tenía que salir a mear.

Ally corrió arriba a coger una de sus muñecas. Desconecté la alarma y abrí la puerta cristalera deslizándola muy despacio, sin dejar de vigilar el perímetro. Todo estaba despejado.

—Está bien, *Alce*. Sal a hacer tus cosas, anda.

Salió disparado por la puerta y rodeó corriendo la esquina de la casa. Yo salí afuera para no perderlo de vista y entonces recibí un golpe en el hombro izquierdo, lo bastante fuerte para tirarme al suelo. Logré sacar mi arma y darme media vuelta, y vislumbré la figura de un hombre corpulento justo antes de que el impacto de su puño contra el lateral de mi cabeza me dejase completamente inconsciente.

Lo siguiente que recuerdo es que, al recobrar el conocimiento, estaba flanqueada por una pareja de agentes de policía.

—Tranquila —dijo uno de ellos—. La ambulancia viene de camino.

Me dolía la cabeza y me pitaban los oídos. Tenía el cuerpo como si me hubiese arrollado un camión. Levanté el brazo y me palpé un hilo de sangre que me salía de la nariz.

—¿Dónde está Ally?

—Se la ha llevado.

—¡Mierda!

Traté de incorporarme, pero todo me daba vueltas. Me desplomé de nuevo en el suelo e intenté recuperar el aliento.

—¿Dónde está su madre? —pregunté al cabo de un instante—. ¿Qué ha pasado?

—Al parecer —explicó el agente—, llegó a casa, te encontró herida en el suelo y... vio que Ally no estaba. El agente que había seguido a Sara desde el hospital entró momentos más tarde y, mientras te atendía, Sara desapareció. Creemos que John dejó un mensaje o algo así, una nota tal vez.

Traté de incorporarme de nuevo, y el mundo quedó reducido a un punto negro. Cuando volví a abrir los ojos, estaba tumbada en una camilla, contemplando el techo de una ambulancia.

Mientras intentaba llamar a Billy una y otra vez desde mi habitación del hospital, apareció Jeff: la policía montada lo había trasladado a la isla en avión desde el continente. Pese a ser mayor que yo, a sus cuarenta y tantos

años no aparenta la edad que tiene. Todavía tiene el pelo rubio, aclarado por el sol, como el mío, y luce una piel muy morena. Pasamos mucho tiempo juntos al aire libre. Éramos buenos amigos antes de ser pareja, y salíamos en kayak los fines de semana. Yo lo respetaba por su determinación, por no andarse por las ramas, y lo amaba porque estaba dispuesto a tolerar todas mis rarezas.

—¿Qué ocurre? —pregunté. Era un manojito de nervios—. ¿Dónde está Billy?

—Con la brigada especial. Están intentando encontrar a Ally y a Sara.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, que me sequé con ademán rabioso.

—La he cagado, Jeff. La he cagado hasta el fondo.

—No, no es verdad. Desenfundaste tu arma. Él era demasiado grande y actuó demasiado deprisa, eso es todo.

—No debería haber desactivado la alarma ni...

—Habría entrado en la casa de un modo u otro.

—¿Está bien Hoffman? —Era el agente que montaba guardia en el camino de entrada a la casa.

—Perfectamente; solo cabreado consigo mismo. Alguien, seguramente John, provocó un incendio al cabo de la calle y él acudió para ayudar a sofocarlo. Billy dice que todo apunta a que John cruzó los jardines de las casas vecinas y que estaba planeando entrar por la fuerza cuando tú abriste la puerta cristalera.

Pensé en Ally, en lo mucho que Sara la quería. ¿Qué sería capaz de hacer para salvar a su hija?

—¿Cuándo podré salir de aquí?

—Quiéren que te quedes en observación.

—Mierda.

Me sentía completamente impotente. Quería estar fuera del hospital, hacer algo útil.

—Ha llamado Doug. Se ha enterado de lo ocurrido. Le he dicho que estabas bien.

—Gracias.

Por la forma en que Jeff parecía esperar a que yo añadiera algo más, supe casi con certeza que habían hablado de algo más que de mi conmoción

cerebral. No me equivocaba.

—Me ha contado lo del tipo de Kelowna —dijo al fin—. ¿Quieres que hable con él?

—Lo que quiero es encontrar a Ally y a Sara.

Hizo una pausa y creí que iba a seguir insistiendo, pero se limitó a añadir:

—Puedo intentar hablar con alguien de la brigada especial, si quieres.

—Sí, por favor.

Salió a hacer las llamadas. Yo me quedé mirando el techo, preguntándome dónde se encontrarían Sara y Ally y qué estaría haciendo John. No me permití pensar en el hecho de que era posible que el verdadero asesino de mi madre estuviese encerrado en una cárcel de Kelowna. O en que no tenía ni idea de dónde podía estar mi padre.

A la mañana siguiente, tenía náuseas y las enfermeras llamaron al médico. Tras hacerme unos análisis rutinarios, concluyó que seguramente se debían al golpe recibido. Yo seguía llamando a Billy por teléfono, pero no había manera de localizarlo. Finalmente, fue él quien me llamó.

—¡Las hemos encontrado!

—Oh, Dios santo... ¿Están bien?

—Sí, están bien —me tranquilizó—. Con el susto aún en el cuerpo, pero bien.

—¿Dónde está John?

Billy me contó el resto: el Asesino del Camping nunca más haría daño a nadie.

Un par de días más tarde me dieron el alta en el hospital. Jeff fue a recogerme.

—Voy a ir a Kelowna —anuncié.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Iré sola.

Asintió con la cabeza, con gesto comprensivo. Jeff siempre sabía cuándo yo necesitaba espacio para reflexionar y poner en orden mis ideas, y en ese

momento tenía unos cuantos asuntos pendientes. Habían pasado muchas cosas en ese último mes.

Cogimos el avión con destino a Vancouver. Pasé por casa el tiempo justo para cambiarme de ropa, me subí a mi Tahoe y me dirigí a Kelowna.

Mark no había conseguido que lo dejaran libre bajo fianza. Lo trajeron a la sala, todavía con las esposas. Me miró mientras se las quitaban, a todas luces preguntándose quién diablos era yo y qué quería de él. De joven había sido un hombre robusto, con unos antebrazos enormes después de pasar horas y horas talando árboles a la intemperie. Recordaba un pelo cortado a cepillo y también un rostro malvado, de labios finos y fríos ojos azules. También lo recordaba bebiendo cerveza con mi padre mientras veían el partido de hockey, siguiendo a mi madre con la mirada mientras ella iba y venía por la sala de estar. Ahora lucía barriga cervecera y el rostro enrojecido de un alcohólico, pero todavía tenía los brazos robustos y una expresión maliciosa en la cara.

Me presenté y acto seguido le pregunté:

—¿Te acuerdas de mí?

Sus ojos, bajo aquellos párpados caídos, me miraron fijamente.

—No.

—Eras amigo de mi padre, Tom McBride.

Su gesto seguía siendo inexpresivo, pero inclinó la cabeza hacia atrás en actitud defensiva.

—¿Eres la hija de Tom?

—Sí. He oído que te has metido en un buen lío.

Apretó los labios con fuerza y cerró uno de sus poderosos puños.

—Esa zorra miente.

«Sí, claro, la zorra siempre miente...»

—Los morados que tiene por todo el cuerpo dicen lo contrario.

Entornó los ojos.

—¿Por qué estás aquí?

—Quiero hablar del asesinato de mi madre.

—¿Ah, sí? Pues habla con tu padre.

—Me encantaría. ¿Tú sabes dónde está?

Nos miramos a los ojos.

—No tengo ni idea —contestó al final—. Dejé de hablarme antes de la muerte de ella.

—Porque tú te veías con mi madre y eso no le gustaba. A tu mujer tampoco le hacía ninguna gracia.

Se encogió de hombros.

—Metí la pata. Tu padre tampoco era un santo. Tenía muy mal genio.

—Por lo visto tú tampoco te quedas corto, Mark.

—¿Se puede saber qué insinúas?

—¿Dónde estabas la noche que asesinaron a mi madre?

—Ya se lo dije a la policía: estaba en casa, con mi mujer. Ella lo confirmó.

—Ya, claro. Aunque por aquel entonces, creía que ibas a volver a casa con ella. Me pregunto si no verá las cosas un poco distintas, ahora.

Se recostó ligeramente hacia atrás en el asiento.

—Lo recordará todo tal y como pasó. —Su tono de voz era arrogante—. Yo estaba en mi casa. —Encogió los labios en una sonrisa—. Y tu padre en la tuya.

—Eso ya lo veremos.

Llamé a Doug en cuanto salí del edificio.

—Creo que tenemos algo. Se muestra evasivo acerca de lo que pasó aquella noche. ¿Su mujer todavía vive por aquí?

—Que yo sepa, sí. Creo que incluso sigue viviendo en la misma casa. ¿Quieres que vaya a hablar con ella?

—Gracias, pero prefiero hacerlo yo. Dame su dirección.

La casa de Eileen Braithwaite se caía a pedazos; las malas hierbas y los matojos crecían de manera salvaje, el suelo del porche se estaba desmoronando y una lona azul cubría casi la totalidad del tejado. No vi ningún coche aparcado en la entrada de la casa, pero sí oí el ruido ensordecedor de un televisor encendido. Golpeé con fuerza la puerta.

Se oyeron los ladridos de un perro y el sonido de sus patas acercándose y traqueteando por el suelo. Una mujer de aspecto demacrado abrió la puerta: debía de rondar los setenta años, tenía el pelo blanco y largo, e iba vestida

con un chándal descolorido. El chándal le quedaba muy grande, como si hubiese perdido mucho peso recientemente. Un pequeño perro blanco parecía enloquecer a sus pies, y el humo de un cigarrillo envolvía el cuerpo de la mujer.

—¿Sí?

—Soy la sargento McBride y quería hablar con usted acerca de su ex marido.

—¿Qué ha hecho ahora ese cerdo? —Me miró entrecerrando los ojos. El perro ladró y ella le dio un pequeño empujón con el pie—. Calla un rato, *Louie*. —El perro obedeció.

—Me gustaría entrar y hablar con usted —insistí.

Dudó unos instantes antes de abrir la puerta.

Me senté en el borde del sofá, cubierto en tiempos mejores por un estampado de flores pero cuyo tapizado era ahora una mezcla de tonos pardos y rosados desteñidos. Ella tomó asiento en un sillón orejero y vi un cenicero rebosante de colillas en la mesita del café. El perro, que también parecía haber amarilleado con la edad, se acomodó en su regazo y me lanzó un gruñido de advertencia. Le conté a la mujer por qué habían detenido a su ex.

—Ese cabrón siempre ha tenido la mano muy larga. —Abrió la boca y se señaló un diente que le faltaba.

—¿Nunca lo denunció por malos tratos cuando vivían juntos?

—En aquella época una no iba por ahí diciendo esas cosas de su hombre. Ahora en cambio... —Hizo un movimiento despectivo con la mano—. Todo el mundo va corriendo a la poli y a esos psicólogos, a lloriquear y quejarse de sus problemas.

—Ustedes dos se separaron durante un tiempo, allá en los setenta.

—Sí.

Volvió a entrecerrar los ojos, preguntándose adónde quería ir yo a parar con aquello.

—Él se veía con otra mujer —continuó—. Virginia McBride.

Se recostó en el sillón, tensa.

—Sí, así era. Pero luego volvió a casa conmigo.

—¿Y usted lo acogió sin más, sin hacerle preguntas?

—Teníamos hijos, bocas que alimentar. Él siempre traía dinero a casa.

Qué más daba que le diera unas palizas de muerte, a ella y sin duda también a sus hijos.

—La noche que murió Virginia, usted declaró que él se encontraba aquí con usted.

Aplastó la colilla de su cigarrillo y se encendió otro con toda la tranquilidad del mundo, mientras me observaba a través del humo.

—Sí, eso fue lo que dije. —Su tono de voz era beligerante.

—Y ahora, con la perspectiva del tiempo, ¿por casualidad recuerda algo más de esa noche, como por ejemplo, si él se levantó mientras usted dormía? ¿Tal vez creyó que había vuelto a la cama...?

Quería demostrarle que estaba dispuesta a ayudarla con su testimonio. Vi cómo sopesaba sus opciones, qué era lo que se jugaba ella, por qué me importaba a mí. Me lo preguntaría en cualquier momento... y así lo hizo.

—¿Por qué quiere saber todo eso? Creía que lo habían pillado por otra cosa.

—Su mujer... puede que ella cambie de opinión dentro de un día o dos, y entonces él será libre de irse y hacer lo mismo otra vez. Estoy segura de que fue muy duro para usted cuando él empezó a tontear con Virginia. Usted aquí en casa con los niños y él por ahí, pasándolo bien. Seguro que le hizo un montón de promesas cuando volvió; le dijo lo mucho que lo sentía y que a partir de entonces las cosas serían distintas. Usted solo tenía que ayudarlo con una cosilla de nada... porque él era inocente, ¿verdad? La poli iba a cargarle el muerto a él y entonces no podría cuidar de usted ni de los niños. Pero luego se largó de todos modos. ¿Cuánto tiempo tardó en encontrar a otra madre soltera con la que verse a escondidas? ¿Un año? ¿Dos?

Dio una calada a su cigarrillo con avidez y luego soltó el humo en una sola bocanada de aire.

—Seis meses.

—Seis meses. Y para eso consigue salirse con la suya y se libra de todo: ni un solo quebradero de cabeza, ni problemas, ni esposa que le dé la lata..., gracias a que usted le hizo un favor. Pero ¿qué favor le hizo él a usted?

Dio otra calada e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Es una mala persona y un hijo de puta —dijo—. Un auténtico seductor, pero a la que te descuidas, te suelta un guantazo por haberle puesto mala cara.

Si lo dejan libre y se entera de que he hablado con usted...

—Si habla conmigo, no lo soltarán.

Se rascó un pecho, tosió con una tos seca y lanzó un suspiro.

—Me estoy muriendo. —Sorprendida, no dije nada. Ella siguió hablando—. Tengo cáncer, terminal. Demasiado tabaco. —Se quedó mirando el cigarrillo un momento—. Su momento favorito para fumarse uno de estos era después de echar un polvo.

Y entonces afloró, aquello que yo había olvidado durante todos esos años. El chasquido de un mechero, el olor del cigarrillo que inundaba el aire. Mi padre no fumaba.

—¿Qué sucedió esa noche en realidad?

—Estaba aquí en casa y luego salí; dijo que tenía que ir a hablar con ella, que lo había llamado llorando y que tenía que romper con ella de una vez por todas, que estaba loquita por él. Volvió a casa hacia medianoche y se metió en la cama apestando a cerveza y a sudor. Al día siguiente nos enteramos del asesinato. Dijo que tu padre debía de haber ido a la casa más tarde, pero que seguro que le cargarían el muerto a él.

—¿Y usted qué cree?

—Creo que a lo mejor había algo más.

—Creo que tiene razón. ¿Volvió a ver a Tom McBride por aquí? ¿O volvió a mencionarlo Mark alguna vez?

—No volví a verlo nunca más, ni tampoco volví a hablar con él. —Desplazó la mirada un momento a un trofeo de pesca clavado en lo alto de la pared. Se dio cuenta de que yo también lo miraba y se dirigió de nuevo a mí—. Y tampoco entendí nunca por qué Ginny se había quitado de encima a Tom para acabar liándose con otro cabrón.

Era un comentario curioso, teniendo en cuenta de quién venía.

—La gente a veces hace cosas extrañas —observé.

—¿Es todo? —Parecía cansada.

—De momento sí, pero es probable que otros policías quieran hablar con usted.

—Pues ya puestos, más me vale hablar ahora que todavía puedo hacerlo.

—Empezó a toser otra vez.

Me quedé sentada en mi camioneta durante largo rato, delante de mi antigua casa. ¿Adónde había ido mi padre cuando se marchó del campamento maderero? Nadie lo había visto durante tres días; su jefe le había dado su última paga y eso era todo. Volví a recordar episodios de mi infancia, cuando él y Mark volvían a casa borrachos como una cuba y se ponían a limpiar el pescado en el garaje, las manos cubiertas de sangre y escamas...

Llamé a Doug.

—Vamos a necesitar algunos perros rastreadores de cadáveres para inspeccionar una vieja cabaña de pesca.

Encontraron el cadáver de mi padre dos días después. Le habían disparado con una escopeta de calibre 12... por la espalda. No estaban seguros de si Mark le había disparado antes o después de matar a mi madre, pero no importaba. Estaba muerto, y por fin yo podía dejar descansar en paz a mi padre.

Pasé la semana siguiente vomitando todas las mañanas, así que visité de nuevo al médico. Luego me fui directamente al despacho de Jeff.

—Tengo que darte una noticia.

Eché hacia atrás el asiento de su silla giratoria.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Estoy embarazada.

Dejó caer el asiento hacia delante.

—¡Joder! ¿Cómo... pero, cuándo...?

—Supongo que la última vez.

Sabía que había olvidado tomar la píldora un par de veces al salir de casa a toda prisa para no llegar tarde a la comisaría, pero me las había tomado al día siguiente, pensando que no pasaba nada, que las posibilidades de embarazo eran muy remotas. Evidentemente, estaba equivocada...

—¿Qué vas a hacer?

—Tenerlo, supongo.

Sonrió de oreja a oreja, y una expresión de entusiasmo le iluminó el rostro. Dentro de nada se pondría a repartir puros habanos.

—Todavía me estoy haciendo a la idea —dije—, así que tendrás que tener paciencia conmigo y no agobiarme. Nada de fiestas ni de ir pregonándolo por ahí. Es muy pronto y soy mayor; podría haber complicaciones.

—Trato hecho. —Se levantó con los brazos abiertos—. Vamos, ven a darme un abrazo, mami.

—Serás tonto... —Pero me dejé estrechar entre sus brazos.

Al día siguiente llamé a Nadine Lavoie y le dije que tenía que hacerle más preguntas. Me recibió en su consulta con una sonrisa, pero su rostro reflejaba preocupación.

—¿Sara se encuentra bien?

—Sí, está bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. El caso es que le he mentado respecto a la razón por la que he venido a verla: necesito hablar con usted de otro asunto.

Una expresión confusa le nubló el rostro.

—¿Va todo bien?

—Se trata de mí. Creo que necesito ayuda profesional. Mis padres... Los asesinaron hace años, pero yo todavía sufro pesadillas. Y ahora estoy embarazada...

—Entiendo.

Su cuerpo se relajó. ¿Qué creía que iba a decirle?

Advertí que había guardado algunos de sus libros en cajas.

—¿Se va a alguna parte?

—Me voy a tomar un pequeño período sabático este verano, quiero reflexionar sobre la posibilidad de mudarme a Victoria. —Se tocó la parte de la cabeza donde había sufrido el golpe durante la agresión—. Esto me ha hecho replantearme algunas cosas.

—¿Con respecto a su hija?

Lo había dicho sin pensar, pero todo su cuerpo se tensó.

—Sí, hemos perdido el contacto. Vive en la calle.

¿Cómo había acabado la hija de una psicóloga en la calle? Pensé en el ser que crecía en mi vientre. ¿Qué vida infernal le esperaba a mi hijo teniendo por padres a dos policías? ¿Y si acabábamos jodiéndole la vida?

Nadine sacudió la cabeza, como si ella también tratase de ahuyentar un pensamiento negativo, y acto seguido dijo:

—¿Qué le parece si hablamos un poco y luego pienso en un profesional de confianza a quien pueda acudir a partir de ahora?

—Es un buen comienzo.

Sonrió.

—Todos tenemos que comenzar de nuevo en algún momento.



CHEVY STEVENS, nacida en 1973 como Rene Unischewski, se crio en un rancho de caballos cerca de la pequeña ciudad canadiense de Vancouver, Shawnigan Lake en Islandia.

Trabajó allí por primera vez como agente de bienes raíces y fue durante los tiempos de espera con visitas solitarias que tuvo la idea de su primer *thriller*, *Nadie te encontrará*. La novela se convirtió en un éxito sorpresa y también se convirtió inmediatamente en un superventas internacional.

Este gran éxito también es acompañado por las voces críticas, ya que su primer libro no es solo un simple *thriller* psicológico, sino que sorprendentemente incluye algunas escenas de violación y tortura. Por lo tanto, la novela fue acusada, especialmente en los foros de Internet y la blogosfera, como de ser una cuasi violencia pornográfica y misógina.

Stevens se sorprendió mucho con el hecho de que efectuaran estas críticas ya que incluso su editor no tenía preocupaciones y le dijo que nunca sugirió, por ejemplo, eliminar o cambiar las escenas potencialmente objetables. *Nadie te encontrará* más bien surgió de sus propias experiencias y temores y solo son

el "modelo" para la historia de su heroína Annie O'Sullivan. Su verdadera intención, formula la autora, fue crear una novela con un enfoque particular:

"Para mí, este libro no es acerca de la violencia, no se trataba de intentar dar una sacudida eléctrica, no fue por tratar de tentar ni nada. Se trata de sobrevivir. Siempre se trataba de sobrevivir. Crecí con un padre alcohólico (...) y me he pasado la vida tratando de superar mis problemas con eso. Queriendo llegar a un lugar mejor. Y lo hice con Annie. Trabajé en conseguir llevarla a un lugar mejor".

Chevy Stevens a sus treinta y tantos años firmó un contrato para escribir más libros. Así ya en julio de 2011, escribió su segunda novela de suspense *Never Knowing* y en 2013 terminó *Always Watching*.

Actualmente vive con su esposo y su perro en Vancouver Islandia en la costa oeste de Canadá.